

Trieste. Italianos y eslavos. El gobierno austriaco. El irredentismo

*Trieste. Italian and Slavs. The Austrian government.
The irredentism*

Ruggero Fauro Timeus
(Trieste, 1892 – Monte Pal Piccolo, 1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Ruggero Fauro Timeus (Trieste, 1892 – Monte Pal Piccolo, 1915) es uno de los más claros exponentes del nacionalismo triestino anterior a la guerra, como atestiguan sus vehementes escritos publicados en el periódico romano *Idea Nazionale*. Su más obra más conocida, *Trieste. Italiani e slavi. Il governo austriaco. L'irredentismo* (1914), cuyo primero capítulo, “La lucha nacional”, ofrecemos en español, es una muestra significativa del polémico y combativo posicionamiento que adoptó tanto frente al gobierno habsburgués como ante la población eslava. Su enconada oposición a la lectura de la situación triestina de manos de socialista como Angelo Vivante, así como a otras corrientes irredentistas más moderadas basadas en el espíritu del Risorgimento le hizo alejarse progresivamente de algunos de sus amigos de juventud, como Scipio Slataper o Gianni Stuparich. Convencido de la necesidad de ampliar el territorio italiano por tierras adriáticas en detrimento de las poblaciones eslavas, a las que consideraba inferiores, se incorporó al ejército en mayo de 1915. Pese a la escasez de su obra, debido a su prematura muerte en el frente durante un bombardeo austriaco en Pal Piccolo algunos meses más tarde, con apenas veintitrés años, esta ejerció una notable influencia, tanto en los círculos más extremistas del irredentismo como en el posterior fascismo.

Trieste no tiene historia. En vano los enemigos de su italianidad han perpetrado pacientemente una serie de pequeñas villaquerías con el objeto de crear una para uso y consumo del gobierno imperial y real. En vano fervientes patriotas y nobles estudiosos nos han recordado las virtudes, glorias y manifestaciones de la civilización italiana de los siglos pasados. Nosotros no descendemos directamente de las familias que combatieron y comerciaron en el siglo XVI, hace ciento cincuenta años, en Trieste; nuestra cultura no es el producto de una continua evolución de la cultura humanística del siglo XV en Capodistria o en Pirán; la política de 1383 o la de 1848, la política de la dedicación o la de la ciudad fidelísima, han tenido causas que no tienen nada que ver con nuestro tiempo y no han dejado ningún rastro en nuestras almas.

Además de los tiempos han cambiado también los hombres. Los doscientos cuarenta mil triestinos de hoy en día no descienden de los cincuenta mil triestinos de hace dos siglos. Venidos de todas las partes de Italia, arrancados a otras naciones mediante asimilación, nosotros renegamos serenamente de todo lo que inconscientemente puedan haber hecho, anteayer o ayer, aquellos que antes que nosotros han habitado la tierra que nosotros habitamos; afirmamos del mismo modo superfluas las pruebas históricas de la italianidad pasada de nuestras tierras, cuando nuestra lengua, nuestra cultura, nuestra voluntad nacional son hoy irrefutablemente italianas.

La ciudad políglota y anacional del '48, entre el grito de miles de fuerzas y de cien contradicciones, obtuvo su carácter nacional bajo la influencia de la gran atmósfera del Risorgimento y desarrolló arduamente su cultura y sus ideas políticas, siguiendo paso a paso el movimiento del renacido Reino de Italia.

Hoy, ahora igual que ayer, el hombre que llega joven a Trieste, como también el hombre que nace aquí, tiene que formarse él solo, casi a su libre albedrío, su

propio carácter de italiano; y con su pequeña fuerza de individuo aislado, entre el soplo de la turbulenta ventisca de la lucha política, tiene que resolver por sí mismo ese problema del carácter y de la conciencia nacional que por lo general se resuelve con un desarrollo secular entre millones de hombres.

Donde todos los hombres son de la misma raza, la nacionalidad se concibe como un carácter hereditario: la imponente identidad de la sangre, del carácter y de la tradición entre los hombres que habitan el mismo país se prolonga durante decenas de generaciones. Los acontecimientos, la civilización y la tierra han dado al individuo gran parte de sus características, se han unido a él indisolublemente. Abandonar la nacionalidad, en un país donde es homogénea, quiere decir traicionar la sangre de los antepasados, la propia historia y la propia tierra.

Y la ley codifica y vuelve concreta esta situación. Con todas sus normas, las prohibiciones, las órdenes, establece cómo se debe actuar nacionalmente; y con sus sanciones penales advierte en todo momento de la gravedad que hay en cada desvío del camino recto del deber nacional. En fin, si la nación tiene un enemigo, este va contra ella con el arma clara y clamorosa de la guerra que quiere rasgar el territorio, que mata hombres, que disgrega a los pueblos. Y entonces no hay ninguna confiada conciencia del durmiente que no sepa ver el peligro y no se ponga a cubierto con ansia.

En nuestro país, por el contrario, muchos llegan nuevos, han sido alejados de sus propias tradiciones familiares, de su tierra; y la tierra que los acoge escuchan decir a algunos que es propia de una estirpe, a otros que es la cuna de una raza distinta declaradamente hostil a la primera. El mismo italiano nacido en Trieste, que lo es por la tradición de su familia y de su pueblo, tiene ante sí una ley que no le dice “tú eres italiano y debes cumplir los múltiples deberes que el ser italiano te impone”, sino que le ordena “no eres italiano; tu deber es ignorar, y si yo te lo impongo en un momento concreto, combatir contra la nación italiana”. Entonces el hombre aislado, no en contra de sus intereses y sus opiniones, sino más bien de acuerdo a los fundamentos de su moral, se siente afectado, confuso y abrumado. Porque, frente a una fuerza íntima y profunda en él que le confirma y le impone su italianidad, contra él hay una ley respaldada por una prepotencia armada, un mecanismo político fruto de siglos y común entre millones de hombres, formidable como una fortaleza de piedra e inevitable como un remordimiento, pero concreto como una entidad material. Es el Estado, en definitiva, la justicia, la policía, los códigos, las armas. ¿En tal contradicción quién vencerá? ¿El mecanismo enorme o la pequeña y tranquila fuerza de la conciencia y la sangre?

No basta esto. El Estado y la Nación adversa no asaltan por lo general con violencia abierta y directa. Si alguien dijese a un italiano: “tú debes ser eslavo, yo te lo impongo y te amenazo con condenarte si te rebelas”, la misma contradicción clara y brutal despertaría la conciencia y llevaría a la rebelión. Pero contra el hombre concreto de estas tierras en cuestión no existe la guerra como contra la Nación.

Se le dice: “manda a tus hijos a la escuela alemana, porque así aprenderán la lengua del Estado y tendrán notables ventajas, mientras que, por otro lado, en tu propia casa, podrás enseñarles libremente tu lengua y la de tus padres”. Entonces el hombre débil, que todavía está turbado por la contradicción entre la voz de su conciencia y la del Estado, ¿puede comprender que esa ventajosa presuposición que los representantes del poder le proponen es una traición? O más bien podrá pensar: “¿Si mando a mis hijos a una escuela extranjera en mi ciudad italiana no les pasará nada, pero por el contrario saldrán mejor preparados para luchar en la vida?”

El adversario planta un banco y le presta dinero con bajos intereses. ¿Puede el pequeño hombre, confuso por las contradicciones de su ambiente, saber que en esa casa llena de oro está el peligro y que no le hace falta cruzar nunca su umbral?

Donde el pueblo es homogéneo, el extranjero es considerado como algo totalmente distinto y, tal vez, sobre todo si es el enemigo, algo monstruoso y malvado. Pero entre nosotros el eslavo y el alemán viven posiblemente en nuestra misma casa, y puede ser que sea un buen hombre que os agasaja, os sonríe y acaricia a vuestros hijos. ¿Puede saber uno que ese de ahí es también un enemigo que se debe odiar y combatir sin cuartel?

Por todas partes, donde en otros sitios cunde la armonía, la continuidad, elementos que se completan, entre nosotros está la contradicción, el problema y la tragedia.

El hombre que quiere ser siempre íntegramente italiano debe saber descubrir los valores positivos y negativos respecto a su italianidad, de todos los actos de su vida: debe saber distinguir si hace bien o mal a su país cuando educa a sus hijos, cuando compra algo, cuando obedece una ley, cuando ama, cuando espera, cuando trabaja. Cada vez que no sabe descubrir justamente este valor, cada vez que su visión está equivocada, traiciona a su pueblo, porque por cualquier puerta puede venir el peligro.

De este modo hay pequeños hombres indolentes que mandan a sus hijos a escuelas extranjeras, que suscriben préstamos con dinero de bancos eslavos, que obedecen ciegamente las leyes del Estado austriaco. Están los bocazas que traicionan día a día, pedazo a pedazo, su propia patria en nombre de una solidaridad internacional que los ciega sin ennoblecerlos. Hay muchísimos hombrecillos que no resuelven ninguna tragedia y en el torbellino se dejan arrastrar de aquí para allá siempre por el viento más fuerte. Los inconscientes, débiles, viles y traidores.

Pero Trieste permanece italiana.

En la libertad absoluta a decidirse entre la Patria y el Estado, entre la lucha y la resignación, entre el sacrificio y el beneficio, junto a las negaciones más bajas surgen las afirmaciones más altas y preclaras. Frente a las multitudes y al peligro de la insidia, el grito de alarma estalla como un toque de corneta; frente a la tiniebla peligrosa de sus negaciones, el rostro del ideal resplandece como en un incendio.

Si diez no saben que la escuela extranjera es un peligro porque no pueden ver el arma escondida en la cátedra, cien la ven con el horror con el que el pueblo alzado en armas mira una fortaleza enemiga repleta de cañones y llena de alambradas; si la ley, con su imponente majestad, niega la Patria y se impone a diez débiles, cien odiarán la ley con el odio furibundo de los rebeldes que niegan cada código penal; si un vacío sentimental de hermandad impide a algunos reconocer al enemigo mortal en el pequeño hombre inocuo, a ese que pide casi permiso por vivir, surge en los demás, por la fuerza misma de la contradicción, una aversión que no conoce piedad y le da la vuelta a cualquier límite. Precisamente porque es fruto de una tragedia que hace caer a muchos y hace sufrir a todos, el amor a la patria, que en otros lugares es fuerza tranquila, aquí es un espasmo, una enfermedad que roe y consume. Las pequeñas compras de los hombres y de conciencia peligrosas porque repetidas todos los días, pero mezquinas y poco importantes si se toman una a una, aparecen una a una como hechos enormes y los caídos son expulsados de la vida con un desprecio que es más homicida que el puñal. El hombre que vende a sus hijos a las escuelas extranjeras, el que se vende a sí mismo a los bancos eslavos, el internacionalista y el gobernante de actos hostiles, son rechazados como antes lo fueron los hombres que daban de noche las llaves de casa al enemigo de la Patria.

Surge un extraño equilibrio de valores. En la falta de peligros clamorosos y de luchas titánicas, los pequeños peligros se engrandecen con la fantasía miedosa pero necesaria, porque efectivamente son muchos y su número los convierte a todos juntos en un único y gran peligro. Ciertas cosas, que parecen frases retóricas, son estados de ánimo. Una derrota electoral es como una debacle en la guerra; un enfrentamiento con los guardias o con los enemigos, si es pequeña por el número de los que combaten o por sus consecuencias, es grande para el odio y se engrandece en las almas hasta hacerlas palpar como si fuese una batalla.

Durante años y años toda nuestra juventud pasó su tiempo entre conflictos con la policía, con los eslavos, con los filoaustríacos; cuando llega la noticia de que en Viena o en Graz los estudiantes italianos han sido agredidos, durante semanas enteras Trieste se conmueve. Todos están convencidos de que son pequeños conflictos sin muertos y con pocos heridos, pero se siente que en el episodio mismo está expresa esa lucha y esa voluntad de batalla que nadie puede anunciar y, aun pudiéndolo, nadie sabría expresar con palabras bastante encendidas.

La lucha por las escuelas se hace con el mismo espíritu; a todas las almas nobles e ingenuas de pequeños burgueses y de ciudadanos que dan los millones de nuestra defensa escolar les parece que con una escuela se pueda salvar la Patria; que, rehusando una concesión de pocas coronas, se nos vuelve responsables de un desastre. Para resistir a las insidias y a las medias tintas, ya que han sido espontáneas, así como necesarias, la turbia y encendida sobreexcitación de nuestras almas, la sobrevaloración de muchos valores, la concentración de todas las voluntades más ardientes en cosas que en otros lugares se han dejado al perezoso cuidado de unos pocos técnicos especialistas.

Y así se vence.

Se vence justamente porque la psicología adversaria es olvido, debilidad, ignorancia, capitulación de las fuerzas ideales frente a las imposiciones del Estado, mientras que la nuestra es una fe combativa, concentración de todas las virtudes en un único ideal. Esas son las que son porque nos han tomado como prisioneros; nosotros, porque nos hemos rebelado y combatimos asaltando las posiciones del enemigo. La afirmación triunfa sobre la pasividad justamente porque es afirmación y como tal no puede no ser más inteligente, más fuerte y más libre.

Amparados por la concretización de las leyes, los filoaustríacos han sido arrollados por la fuerza del ideal; defendidos por las armas del Estado, han temblado frente a esta rebelión que pululaba por todos los sitios y a todas horas. Han acabado desapareciendo de la vida civil, refugiándose en las salas de las oficinas gubernativas y en las casernas militares, dejando libre el campo de la lucha a aquellos que han entrado con la frente alta y dispuestos a cualquier sacrificio.

Otros enemigos les han sustituido pero, acabadas las contradicciones, la duda y la tragedia, al menos entre los que han nacido en el país y en medio de su vida, el ejército ha permanecido compacto y permanece en la brecha donde ha plantado la bandera italiana.

Traducción de Juan Pérez Andrés